

LA NUEVA NOVELA DEL AUTOR QUE HA HECHO REÍR
A MÁS DE 3.500.000 DE LECTORES

COMO EL PERRO Y EL GATO

GILLES LEGARDINIER



GILLES LEGARDINIER

COMO EL PERRO Y EL GATO

Traducción de Juan Camargo

 Planeta

Título original: *Ça peut pas rater!*

© Fleuve Editions, département d'Univers Poche, Paris, 2014

© por la traducción, Juan Camargo, 2016

© Editorial Planeta, S. A., 2016

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: octubre de 2016

ISBN: 978-84-08-16037-3

Depósito legal: B. 18.078-2016

Composición: Fotocomposición gama, sl

Impresión y encuadernación: CPI

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Es de noche, hace un poco de frío. Tirito en el aire húmedo. Seguramente se debe a la proximidad del canal al borde del que camino sin saber adónde voy. Sin embargo, el tiempo invernal no es lo único que me lleva a hundir la cabeza entre los hombros y las manos en los bolsillos. En realidad, y sobre todo, llevo el frío dentro. Por mucho que escarbe en lo más profundo de mi ser, no detecto la más mínima chispa de calor. Soy un ultracongelado andante. Nos encontramos al inicio de una era glacial y conozco al menos una especie que corre el riesgo de llevarse la peor parte.

¿Qué hago aquí? A estas horas, nunca estoy fuera. Hace ya años que no salgo por la noche, y mucho menos por un arrebató. Normalmente, me quedo en mi casa, como toda esa gente que veo furtivamente tras las ventanas iluminadas de los edificios. Normalmente, no tengo la cabeza tan hecha un lío. Normalmente, no estoy sola.

Frecuento este barrio desde hace mucho tiempo y, sin embargo, esta noche no reconozco nada. No es el lugar lo que ha cambiado, soy yo. Sólo ha bastado una hora, una sola conversación, unas pocas frases que me atraviesan como otras tantas flechas, para que mi vida dé un vuelco y mi corazón se disloque. No todo era de color de rosa con Hugues, pero de ahí a imaginar que podía derrapar tan rápido y acabar despeñándose...

El muelle está desierto, excepto por una pareja de jóvenes enamorados y un mendigo sentado sobre unos cartones. Seguramente sea un mensaje que me envía la vida, una síntesis de mi trayectoria

vital. Encarnan el comienzo y el final. He sido como esa joven apasionada que se refugia en los brazos del hombre al que ama, y voy a terminar como ese pobre sintecho. Mi vida es un abismo sin fondo por el que no dejo de caer. En unos metros, veo su resumen, del amor a la extrema soledad, al margen de un mundo indiferente que sigue su curso como la corriente del canal.

Paso cerca de la parejita. Él la estrecha entre sus brazos murmurándole unas palabras al oído. Sale vaho de su boca. Calidez. Así que aún existe, y no sólo en mis recuerdos... Ella se refugia en su hombro aguantándose la risa. Tal vez se estén burlando de mí. Deben de preguntarse por qué vago sin rumbo así, sola, sin un perro al que pasear siquiera. Si fuera un hombre me tomarían por un perverso, pero, como soy una mujer, deben de catalogarme como una vieja loca en apuros. Son dos y se tienen el uno al otro. Eso les da la autoridad para juzgar a todo el universo con condescendencia. Son invencibles, puesto que se aman. En mi opinión, sería más preciso decir que todavía creen que se aman. El amor sólo se mide al final. He pagado un precio por aprenderlo. De momento, su felicidad florece en el fino mantillo de la inocencia, pero, cuando sus pequeñas raíces quieran abastecerse en capas más profundas, no encontrará nada con qué alimentarse y morirá. Eso es lo que me acaba de ocurrir. Sé exactamente lo que les pasa por la cabeza: tienen la arrogancia de los principiantes, la confianza ciega de los que no saben. Ella está llena de esperanza; él, lleno de deseo. Todavía lo ignoran, pero ya media un mundo entre ambos. Ojalá lo hubiese sabido cuando tenía su edad...

¿Debo avisarla? ¿Hay que alertarla del gran peligro que corre? No, sería una estupidez. ¿Quién soy yo para estropearle la felicidad, aun ilusoria, que siente esta noche? Y ¿quién sabe? Tal vez salga mejor parada que yo. Yo soy una loca en apuros.

No sé por qué pero, de repente, me apetece caminar al filo de la orilla, por las largas piedras talladas que bordean el canal. Normalmente son los niños quienes se comportan así, exponiendo el pecho al viento y estirando los brazos como los equilibristas sobre un cable

imaginario. Convencidos de estar viviendo una gran aventura, se persuaden de estar arriesgando su vida en lo alto del precipicio más profundo del planeta. Mis sobrinos lo hacían. Yo ya no tengo edad. Da igual. Además, yo también me encuentro al borde del más vertiginoso de los precipicios, al fondo del cual mi vida va a estrellarse.

Con la distancia, debo admitir que, desde el comienzo, mi historia con Hugues ha sido complicada. No obstante, al principio prometía. Vivimos las primeras páginas de un cuento de hadas: el encuentro inicial, el flechazo, los dos brincando entre las flores y cantando cogidos de la mano como dos bobos ante unos conejos que repiten el estribillo a coro. Eso era antes de que nos aventurásemos por el bosque sombrío...

Al principio era majo, nos reíamos. Había pasión, muchas ganas, también complicidad. Tenía derecho a flores, a miradas ardientes, a su impaciencia por volver a verme... Cuando me besaba, no pensaba más que en mí. Dios, cuánto me gustaba.

Organizábamos un montón de pequeñas escapadas: a esquiar, al mar, al extranjero, a veces con amigos (siempre los suyos). Daban igual las vistas, sólo tenía ganas de pasar tiempo con él. Ya fuese medio desnudos alrededor de una fogata en la playa o disfrazados de pingüinos en un concierto de música contemporánea, me sentía cómoda siempre que estuviese allí, cerca de mí. Me gustaba esperarlo cuando llegaba tarde, me gustaba también ordenar su ropa y cocinarle sus platos preferidos. Aunque no por ello me mostraba sumisa. Simplemente me gustaba hacerlo para él. A base de días, semanas, meses, el tiempo pasó. Vimos casarse a todos nuestros amigos. Bailamos, reímos, aplaudimos, pero no hicimos lo mismo. Acabamos olvidándonos de que había horas en los días y meses en los años. Funcionábamos como un diésel, sin muchos acelerones ni frenazos. Sólo aumentaba el kilometraje. Pasaba el tiempo y nada parecía cambiar. Nos llamaban «los eternos prometidos». ¡Y tanto! Me moría de ganas de estar unida oficialmente a él, pero Hugues encontraba siempre un buen motivo para aplazarlo,

para esperar, para no avanzar. Una nueva situación profesional a la que había que «entregarse en cuerpo y alma», el dinero que iba a costar la ceremonia, el aspecto absurdo de esa clase de formalidad «para gente que se quiere tanto como nos queremos nosotros». Venga, vamos. Estábamos estancados. Mi tripa seguía estando desesperadamente plana, no como la suya. Los demás tuvieron bebés y nosotros todavía vivíamos como estudiantes. Nada cambiaba y, en el fondo, creo que eso era lo peor. Ningún proyecto; una visión de la vida que se limitaba al fin de semana siguiente. Cada vez que yo hablaba del futuro —un concepto difuso— o de compromiso —una palabrota—, él hallaba una excelente razón para abreviar la conversación. Al final, ya no hablábamos más que del día a día: las compras, las llaves, los yogures de frutas, las películas, lo que queda en el congelador, el coche por arreglar. De todo salvo de lo esencial que constituye una vida.

Y luego apareció Tanya, como un súcubo huido de una dimensión paralela. No lo vi venir. Fue Émilie quien me puso la mosca detrás de la oreja. Una noche, después de una cena con unos colegas, me dejó caer: «Yo, si mi chico se echase a reír así con otra, me andaría con cuidado». Eso es lo que hice, pero demasiado tarde. El crimen ya se había cometido, y con numerosas reincidencias; a menudo, los martes por la noche. Menuda zoquete fui... Montadito de pringada con gato por liebre. Es una receta nueva, aunque de digestión un poco pesada.

Cuando le hablé de ello a Hugues, me aseguró que eran imaginaciones mías. Osó mirarme a los ojos para mentirme. Cada vez que lo pienso... Y entonces, ¿adivinan qué? ¡Me lo tragué todo como una cretina! Creo más bien que quise creerlo por desesperación. Nosotras, las mujeres, tenemos tendencia a anteponer los sentimientos a los hechos. Los hombres lo saben perfectamente y se aprovechan de ello. Se dice que eso constituye nuestra fuerza; en este caso, fue mi debilidad. Aguantamos todavía unos meses así, el uno al lado del otro, pero ya no juntos.

Todas las noches, al volver del trabajo, tenía un nudo en el estómago y lágrimas en los ojos. Cuando me topé por casualidad con un mensaje de Tanya que nunca debería haber visto, me sentí enferma de manera instantánea. Asqueada, traicionada y herida. Todo ello en menos de ciento diez caracteres. Tres segundos para leerlo, una vida para recuperarse de haberlo hecho. Más que una prueba, era una afrenta. Ni siquiera me atreví a hablar de ello con Émilie, todavía menos con mi madre o con mi hermana. Esas pocas palabras obscenas fueron como un disparo de revólver en pleno pecho. La bala entró, pero no volvió a salir. Y, a cada movimiento que hacía, avanzaba entre mis órganos aproximándose al corazón. Terminó alcanzándolo el lunes pasado.

Cuando regresé a nuestro piso al acabar mi jornada, de repente me entraron ganas de reventar el absceso y solucionar el problema con Hugues. Ya no tenía fuerzas para fingir. Le confesé lo que sabía, le expliqué que estaba sufriendo, que estaba dispuesta a perdonar, pero que deseaba que aclarase la situación para que pudiésemos empezar de nuevo. Le solté una frase rotunda del tipo: «El amor sólo es posible con la verdad». ¡Menudo diálogo! Una auténtica tragedia shakespeariana, pero en un piso de dos habitaciones sin balcón. El haberlo cogido en flagrante delito ni siquiera lo alteró. Se dejó caer con toda tranquilidad en el sofá. Incliné la cabeza hacia atrás dando un suspiro. Yo estaba en la esquina de la cocina, temblando de la cabeza a los pies, pendiente de lo que fuese a decir. Se tomó su tiempo para responderme.

—Mira, Marie, está bien que hayas planteado el problema. Creo que hemos llegado al final de nuestro camino. Ya no quiero seguir así. No me gusta la vida que llevo. Lo nuestro ya no funciona. Es mejor que lo dejemos aquí. Pero seamos positivos, no es tan grave. ¡Es la vida! Tratemos de reaccionar como adultos.

Fue peor que un puñetazo en plena cara. Y, antes de que me hubiese dado tiempo a recuperar el aliento, añadió:

—No voy a ponerte una pistola en la cabeza, pero me gustaría que

te fueras antes de una semanita. Ya que hablas de Tanya, tengo proyectos con ella. Es mi apartamento, después de todo...

«No le gusta la vida que lleva.» Y, sin embargo, es él quien lo decide todo, sin preguntarme nunca mi opinión y separándose de los míos desde hace años. En cuanto al nuevo punto de partida, qué suerte la mía, es inmediato pero sin mí. «Se ruega que las personas que acompañen a los viajeros bajen del tren. Vamos a partir de manera inminente, cuidado con el cierre de las puertas.» Ya no tengo billete.

¿Saben cómo me sentí? Por su bien, sinceramente espero que no. No le deseo a nadie sentir esa fractura de corazón. Se habla a menudo de seísmo o de cataclismo, pero aquello fue directamente el *Big Bang*. Las moléculas de mi ser quedaron reducidas a polvo a lo largo y ancho del universo. Mi corazón es un agujero negro, y otras partes de mi cuerpo pueden hacer de hermosos planetas.

A partir de ese momento, Hugues ya no se dirigió a mí sino como a una refugiada que no conociese la lengua del país de acogida, todo ello aderezado con sonrisas tan superficiales como hipócritas y frases llenas de grandes ideas para tener la conciencia tranquila. «Qué mala suerte hemos tenido», «Hemos vivido buenos momentos, tratemos de pasar página sin arrancarla», «Dentro de unos años, nos reiremos juntos»... Pero, bueno, ¿a quién se cree que le está tomando el pelo? También llegó a soltarme: «Comportémonos con madurez». ¿Cómo se atreve? Él, ¡que de adulto no tiene más que la fachada! Qué cabrón... Todos estos años prometiéndome, pidiéndome que esperase, haciéndome creer que lo poco de lo que disfrutaban todos los demás era para mí un lujo inaccesible. Tuvo suerte, estaba demasiado hundida como para que me entrasen ganas de matarlo. Pero estoy mejor: empiezo a pensar en ello...

Cada vez que me hablaba, cada vez que lo veía, sufría un ataque más contra mi bando, ya vencido y pisoteado. Sus palabras eran como obuses, sus miradas como lanzallamas escondidos entre las flores, y sus gestos como minas hipócritas que podían acabar conmigo en cualquier sitio... Estoy destruida. Soy un campo de ruinas

muy bombardeado. Ya no hay ni una sola piedra en pie, ni una ratonera en que los pedazos de mi alma puedan encontrar refugio. Poco a poco, me convertí en presa de dos sentimientos, que, como los buitres, se disputan mi cadáver: el dolor y la cólera.

Nuestra «controversia» tuvo lugar hace ahora tres días. Desde entonces soy como una central nuclear que escapa a todo control. Los pilotos del panel de seguridad parpadean al rojo vivo, la presión aumenta, las agujas enloquecen en las zonas sombreadas de las esferas, los ingenieros corren en todas direcciones, pero es imposible hacer que descienda la temperatura del reactor. Hay que evacuar la región, va a saltar por los aires.

Me quedan cuatro días para hacer mis cajas y abandonar el que fue nuestro domicilio. Si me pongo a contar, no tengo gran cosa. ¡Sí! Está el sofá. ¡Cuando pienso que ese cerdo estaba sentado cómodamente en mi sofá para anunciarme que borraba nuestra historia de un plumazo y me largaba...! Una auténtica metáfora de nuestra relación: pagué ese mueble con mi primer sueldo y, sin embargo, ¡fue él quien lo eligió! Síntesis perfecta: le regalé todas mis primeras veces y se sentó encima de ellas.

Mientras tanto, no sé adónde ir. No me atrevo a volver a casa de mamá. Me va a repetir cada dos minutos que me había avisado y que no le parecía de fiar. No necesito eso. Cuando pienso en su propia historia con mi progenitor, no veo qué lección podría darme. En cuanto a mi hermana, ya tiene bastante con su pequeña familia, y no me veo plantándome en sus faldas con mis cincuenta cajas de pañuelos para llorar. Ya sólo quedan cuatro días para evitar el hotel y el guardamuebles. ¡Menudo monstruo! Émilie me ha propuesto instalarme en su casa, pero no es una solución a largo plazo. Me niego a vagar de casa en casa como una náufraga, sola, testigo de la felicidad y de las esperanzas de todos mientras yo ya no tengo ni lo uno ni lo otro.

Las farolas de la orilla opuesta se reflejan en las ondas regulares del canal. Hubo un tiempo en que encontraba bonita esta clase de imágenes. Esta noche ya no tengo nada que ver con ellas. Estoy

destrozada. Siempre he sido amable, siempre he esperado mi turno, me han educado en la idea de no montar escándalos. Había que pensar en los demás antes que en una misma. ¿Con qué resultado? Me la han colado con frecuencia. Hugues se ha reído bien de mí. He malgastado años que ya no volverán. Y me encuentro aquí, esta noche, invadida por una sensación de soledad que sólo creía posible en las películas suecas de autor.

Alzo la cabeza para ver las estrellas. Así dicho, el movimiento podría parecer poético pero, en realidad, creo que si echo la cara hacia atrás es sobre todo para que las lágrimas no corran demasiado deprisa. Estoy a rebosar de ellas y, si me inclino hacia delante aunque sea un poco, se derramarán como una cascada y harán que se desborde el canal. Así pues, miro los astros, de los que paso por completo.

Y es en ese momento cuando recibo un segundo mensaje que me envía la vida: nunca es bueno despreciar a los astros. Mientras mantengo la mirada elevada hacia el cielo nocturno, no sé cómo, pero me hago un lío conmigo misma. ¡Pierdo el equilibrio! Ya les había dicho que estaba al borde del abismo: bueno, pues ahí lo tenemos, el gran salto, la última putada. ¡Y planeo con un gran «plof» final soltando un grito ridículo! Toda mi perra vida resumida en dos ruidos. Como una imbécil, acabo de caerme al canal. Dedico esta patética leche que me he dado a todas aquellas que han sido plantadas, burladas, traicionadas, y que, como yo, han perdido la fe.

Finales de enero. No podía esperar que el agua estuviese templadita, y esto lo confirma rápidamente: está helada. Dos grados menos y, además, me habría dado con el hielo en la cara. ¡Y para colmo se me habrían saltado los dientes! Me entra hipo. Trago agua. Se parece a la sopa de la yaya Valentine. Normalmente nado bastante bien, pero ahora, con el abrigo enredándoseme y el efecto sorpresa, me defiendo como un galgo afgano con la marea alta. Del pánico, he soltado mi bolso. ¡Menuda estúpida! De repente oigo un segundo «plof». ¡Qué espanto! He desencadenado a mi pesar una oleada de suicidios colectivos sin precedentes. ¿Otra mujer traicionada? Pero

¿en qué mundo vivimos? A este ritmo, el canal va a estar pronto lleno de infelices a quienes la vida les ha jugado malas pasadas. ¡Claro que no! ¡Mira que soy tonta! Seguramente sea el chico, que, para impresionar a su novia, ha saltado para socorrerme. ¡Genial! ¡A pesar de todo, somos una especie maja! Esa clase de impulso me conmueve, es muy bonito. Entretanto, mi abrigo, empapado de agua, pesa dos toneladas y me cuesta mover los brazos. Me giro para recibir a mi salvador... Pero ¿qué? No lo entiendo: lo veo en la orilla con su chica. Creo que se están riendo. ¡Especie miserable! Entonces ¿qué ha sido lo que he oído salpicar? ¿Un tío que aprovecha la oscuridad para desembarazarse de su lavadora vieja? ¿Unos mafiosos que han tirado un cadáver al agua? ¿Un meteorito? Trato de verlo, pero no distingo nada. Ya está, ya lo sé: ¡es mi amigo imaginario, que ha saltado conmigo en un conmovedor testimonio de solidaridad! Pero, en tanto que imaginario, no debería hacer «plof»... Estoy desvariando del todo.

De repente, entre dos brazadas descoordinadas, veo a otro nadador en el agua. Pero ¿por qué regresa ya a la orilla si no me ha salvado? Y ¿qué es lo que tiene en las manos? ¡Dios mío, es el mendigo, que se larga con mi bolso! De lo más hondo de mi alma condenada surge una fuerza desconocida. Me vuelvo loca de rabia de manera instantánea. Me ahogo, escupo, pero me pongo a nadar como una campeona olímpica. Me propulsa la furia. Una auténtica fueraborda. ¡Estoy más que harta de los tíos! Estés en el estado en el que estés, se las arreglan siempre para sacar provecho sin ningún escrúpulo. Eres mona: ligan contigo. Estás medio ahogada: ¡te desvalijan! Como con el cerdo, ¡lo aprovechan todo!

El sintecho ha salido a la orilla. Lo sigo de no muy lejos. Me agarro a las piedras y me subo sobre la tripa como una foca. He perdido un zapato. Está tratando de huir, pero no le doy tiempo a que se distancie de mí. Incluso renqueando, lo atrapo. Lo agarro por la cazadora y, soltando un grito animal, lo lanzo contra el suelo con una violencia de la que nunca me habría creído capaz.

—¡Devuélvame mi bolso ahora mismo! ¿No le da vergüenza?

—¡Pero si quería morirse! ¿Qué carajo le importa su bolso?
Me quedo de una pieza.

—¿Qué lo hace creer que quería morirme?

—Cuando se pone una cara como la suya y se tira uno al canal,
¡no es para darse un chapuzón!

—Estaba deprimida y he resbalado.

—¡Eso cuénteselo a su abuela!

Creo que acaba de ver cómo pasaba un destello asesino por mi mirada, porque se protege la cara con las manos. Pero eso no basta. Dicen que no hay que golpear a un hombre en el suelo, pero esta noche ya no tengo nada que ver con lo que dice la gente. Me inclino sobre él y le pego un tortazo, luego otro y otro más. Está mal, pero sienta bien.

Ha soltado mi bolso hace un rato. Aunque si cree que va a salir de ésta tan fácilmente... Empiezo a chillar con todas mis fuerzas:

—¡Estoy hasta la coronilla de los hombres! ¡Me tenéis harta!
¡Estoy hasta las narices de vuestras jugarretas! ¡Os ha llegado la hora de sufrir!

Los chicos huyen a la carrera. La loca en apuros se pega con un mendigo. Seguramente, una pelea de borrachos... No es justo, no he bebido nada. Mi voz retumba por todo el barrio. Y entonces, empapada, titubeante, agotada, tomo una decisión de la que juro no retractarme nunca: no voy a pasarles ni una. Ponemos los contadores a cero. Damos un giro radical. Voy a hacérselo pagar a ese cerdo de Hugues. Cada jugador debe darles mil sopapos. Voy a vengarme de todo. Como no va a caer ninguna felicidad de un cielo ilusorio, estoy dispuesta a ir a buscar la poca que me corresponda hasta el mismísimo infierno. Marie la buena ha muerto ahogada en ese canal. Es Marie la mala quien ha emergido. Está despeinada y, además, le falta un zapato. A partir de este momento, las devuelvo todas y pago con las mismas monedas. Se las tengo todas guardadas y va a haber para todo el mundo. La venganza es un plato que se sirve frío y yo estoy congelada. La rabia me oprime, el odio me consume.